Por eso el roce y contínuo trato de las clases más ilustradas de México con las nativas, ha ido mermando las filas indígenas momento por momento.

Incontable número de indios sabe ya leer y escribir, manejar y aprovechar las máquinas agrícolas, construir terraplenes, plantar durmientes y fijar rieles de ferrocarril, é instalar y mover ingenios y telégrafos. Del seno de esa raza salen soldados, médicos, jueces, abogados y sacerdotes; el comercio y las industrias están llenos de gente de tez bronceada, que maneja hábilmente los negocios y se eleva á los puestos más honoríficos de la dignidad y de la riqueza. Juárez, el más osado y enérgico de nuestros políticos, era indio; Altamirano, poeta, literato, orador, uno de los escritores más gloriosos de nuestra patria, fué indio también.

Así es como la unificación de México camina á su cumplimiento, como lo deseaba Pimentel.

¿Por qué la libertad, que hubiera sido deletérea durante el período virreinal, ha sido salvadora para los indígenas después de nuestra independencia? La causa de esta aparente contradicción fácilmente se alcanza. En tiempo de la colonia, dominaba la raza extranjera, orgullosa, intransigente, llena del sentimiento de su fuerza y de su superioridad. Ella no hubiera visto nunca á los nativos como á sus iguales, y habría sabido trocar en todo tiempo la libertad legal de ellos, en fuente de abuso y de opresión. Al segregarse la Nueva España de la metrópoli, quedó el país dueño de sus propios destinos, y frente á frente unos de otros, criollos, mestizos é indígenas. Sea como sea, y por injustos é inhumanos que hayan sido los primeros y los segundos con los indígenas,

no es dable parangonar su conducta con la de los antiguos señores de este suelo, caciques ó europeos. La descendencia española que quedó al realizarse nuestra emancipación, había endulzado su carácter hereditario con las influencias del clima, del trato con los nativos y de la simpatía que á ellos la ligaba, por la mancomunidad de patria y destinos. Así que, aunque la masa autóctona haya sufrido y sufra aún las consecuencias de su libre comercio con criollos y mestizos, ha padecido menos por esta causa, que si hubiese vivido bajo un régimen semejante en tiempo del virreinato. Los españoles peninsulares y los españoles americanos han sido por igual, si se nos permite la frase, *virus* ponzoñoso para la raza indígena; pero los primeros, violento y mortífero, mientras los segundos, atenuado y simplemente morboso. Así se explica que los indios hayan necesitado la triaca de las Leyes de Indias para vivir al lado de los primeros, y que puedan resistir los efectos de la libertad, y aun medrar con ella, en compañía de los segundos.

VII.

La pacificación étnica del país está apenas concluyendo. Los yaquis y mayos acaban de ser vencidos y definitivamente sojuzgados por el ejército federal; la península yucateca ha sido totalmente conquistada por la República, hace apenas dos años. Así que bien puede decirse, que la obra comenzada por Cortés en el primer cuarto del siglo XVI, la vamos terminando nosotros en los primores albores del siglo XX.

Por otra parte, una gran porción del pueblo aborigen se encuentra en estado primitivo todavía. Los indígenas de las Huastecas, de los Estados del Sur y de las costas del Pacífico, hállanse en situación lamentable. Para ellos no han pasado los tiempos: aun ignoran si es rey ó presidente el Jefe del Estado; tienen caciques y jefes locales, á quienes obedecen como en lo antiguo; andan casi desnudos, se alimentan mal, y todo lo ignoran.

En los contornos de la misma Capital, agítase una multitud de indios sucios y semidesnudos, que no han podido salir de su miseria, y son, en nuestras calles de asfalto y á la luz de los focos eléctricos, como sonrisa sardónica en labios de Mefistófeles. El extranjero que llega aquí, al ver indias envueltas en arcaicos *huipiles*, llevando á la espalda niños suspendidos de lienzos inmundos, é indios raquíticos vendiendo gusanos de maguey y moscos y pescados de pantano, se figura que el estado general de la población nativa, guarda relación con esas miserias.

Por fortuna no es así, por ilógico que parezca. Y es que la conmoción cerebral de la raza que cayó, llegó á su máximum de intensidad en el Valle de México, foco de la civilización azteca. Por eso ha sido aquí donde la inconciencia y la atonía de los aborígenes, ha sido más tenaz y dolorosa; por eso son los indios aquí más infelices que en ninguna otra región del país.

A pocas leguas de México, no vuelven á verse esos tristes ejemplares de miseria y desnudez, que sorprenden á los mexicanos de otros lugares, tanto como á los mismos extranjeros.

La labor reservada á las nuevas generaciones, es todavía muy árdua; pero el camino para llegar á la fusión de las razas nacionales (por cruzamientos espirituales y físicos) ha sido ya descubierto; es el de la paz y el trabajo. Bajo esa blanca y santa bandera, se alistan las huestes civilizadoras que marchan á la conquista de las razas ignaras. México, al seguir definitivamente las orientaciones de su nueva vida, ha ido recogiendo á lo largo del camino, frutos inesperados y preciosos; semejante á los alquimistas de la Edad Media que, buscando la piedra filosofal, encontraron el amoniaco, el alcohol, el fósforo y tantas otras sustancias, que son hoy día tesoros inapreciables para la industria y el progreso del mundo.

Ahora sólo resta continuar la obra con fe, sin desmayar ni levantar la mano hasta verla concluida, seguros de que nuestros hijos, si imitan nuestro ejemplo, lograrán ver el total renacimiento de la raza indígena, no á la hosca civilización de Moctezuma y de Huitzilopochtli, sino á la radiosa de Fulton, Stephenson y sus continuadores.

Saludemos, desde ahora, ese día dichoso para la patria, en que la población de México, homogénea y compacta, camine unida y con esfuerzo irresistible á la conquista de sus brillantes destinos.

MEXICO, AGOSTO 1º DE 1904.

José López-Portillo y Rojas.